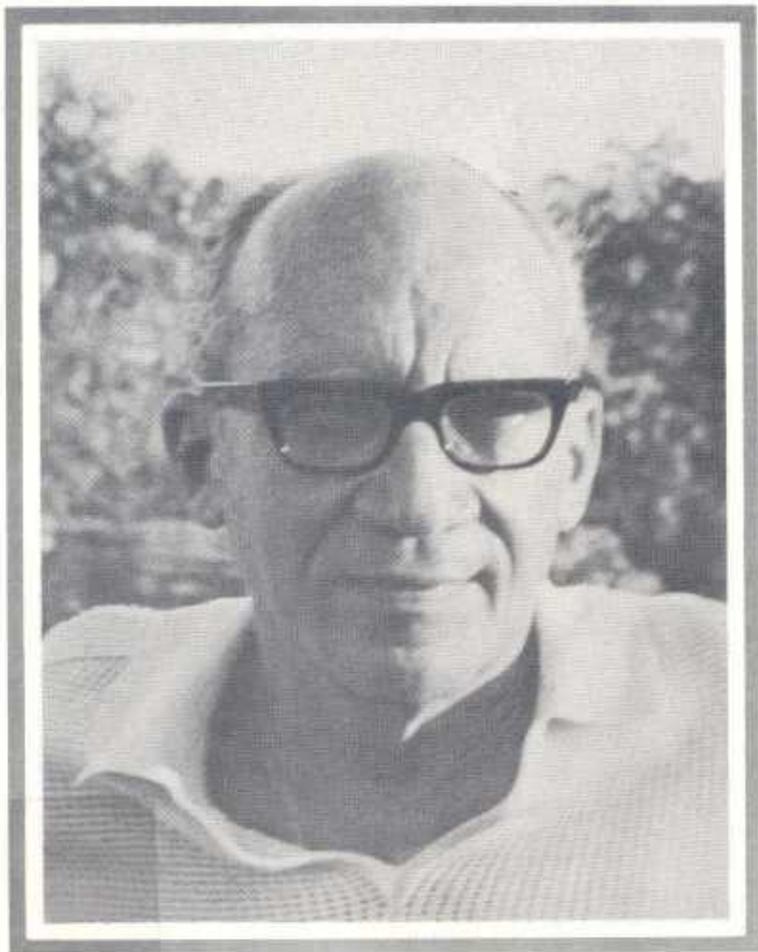


**POESIA SELECTA
DE
RICARDO J. BERMUDEZ**



**POESIA SELECTA
DE
RICARDO J. BERMUDEZ**

**POESIA SELECTA
DE
RICARDO J. BERMUDEZ**

Prólogo de Rodrigo Miró



**Editorial Signos
Panamá-México, 1982**

Colección PORTOBELLO, 9
Serie *Autores Panameños* / Poesía

© Editorial Signos
Primera edición: julio de 1982

ISBN 968-486-012-9

Editorial Signos
E. Jaramillo Levi, Editor
Ermita - Iztapalapa 2570
Frac. Colonial -Iztapalapa
Calle Antonio Gutiérrez 81
09270 México, D.F.

Impreso en Panamá por
Impretex, S.A.
Apartado 9A-2437, tel. 26-6163
Panamá, Rep. de Panamá

INDICE

Pág.

VII	Prólogo de Rodrigo Miró
1	Del libro <i>POEMAS DE AUSENCIA (1937)</i>
3	Poema del olvido imposible
	Poema del dolor infinito
4	Poema del delirio tangible
5	Poema de fuga creciente
6	Poema del ensueño final
7	Del libro <i>ADAN LIBERADO (1944)</i>
9	Tamborito triste
	Playera
10	Segundo recuerdo
11	Tercer recuerdo
12	Alice Blue
13	Ruptura con el mar
14	Regreso a Alfredo Navarro
16	Palabras por el hijo ausente
17	Presencia de mi Padre a los veinte años de su muerte
18	Libre ya del rencor del sexo herido
19	Todavía más fuerte que yo mismo
20	Unidos como un número insoluble
	Rojo ha de ser el estupor naciente
23	Del libro <i>LAUREL DE CENIZA (1952)</i>
25	La amapola es más roja si mis ojos
26	Vivo está el tiempo que la sangre elige
28	Fui a sosegarté, oh Muerte, a los pensiles
29	Escarnecida anémona de hielo
31	Donde la mano pule sus torturas
32	Oh laurel de cenizas que al fin llegas
35	Del libro <i>CUANDO LA ISLA ERA DONCELLA (1961)</i>
38	El mar, cuando la Isla era doncella
39	Sal salinero y alguacil de espumas

40 Con su estela de nardos y gaviotas
41 Mediodía en los pétalos de agua
42 Por el dormido gris de las caletas
43 Fuegos prendió la noche de esmeriles
44 Bajo un cielo de azules golondrinas
45 Me hablaste de caballo en el invierno
46 ¿Dónde comienza el mar, dónde la tierra?

47 Del libro *CON LA LLAVE EN EL SUELO (1970)*

49 El niño y las tinieblas dialogaban
50 Como avanza la fiebre en las alcobas
51 Aire sin cola y frenos de diamante
52 Por lebreles de flores custodiada
53 Bajo las grises cúpulas el ángel
54 Con la llave en el suelo mi esperanza
55 El leñador regresa y ve en la mano
56 La silla de los muertos desespera
57 Dos limones por ojos y una rosa

59 *POEMAS NO RECOGIDOS EN LIBROS (1942 - 1969)*

61 Breve meditación en un cuarto sin ventanas (1942)
62 Retorno sensorial de Lee Ver Duft (1943)
63 Inutilidad del hipocampo (1944)
64 Exilio y doble exilio (1948)
66 Presagio (1949)
67 Variaciones del pez en la sangre (1950)
71 Oda a don Luis de Góngora y Argote (1961)
74 Canto heroico (1964)
81 Carta a Stella Olmstead (1965)
83 En la ciudad (1967)
84 Escolios para poder jugar viejas charadas (1969)
86 Alternativas sobre ángeles y demonios (1969)
87 Los acertijos de la salamandra (1969)

PROLOGO

La obra de Ricardo J. Bermúdez, árbol señero, es estación de forzado arribo en en itinerario de la poesía panameña contemporánea.

Desde sus iniciales Poemas de Ausencia (1937), efluvios del amor juvenil, Bermúdez evidenció, al par que hondo subjetivismo, extremado rigor formal, características que no le abandonarán y que reaparecen, apenas atenuadas, en Adán Liberado (1942), libro distinguido con uno de los premios del concurso Miró, entonces adjudicado por primera vez. (En los Angeles había publicado en 1939 una extraña Elegía a Adolfo Hitler).

Obra de amplias perspectivas, Adán Liberado rinde culto a los penates de la sociedad civil: al padre nunca olvidado, al amigo muerto trágicamente, a la novia que los imperativos del vivir dejaron atrás. Y esboza un humanitario credo político-social. Es, todavía, expresión de juventud. Pero Bermúdez no tardará en enfrentarse a la cruel circunstancia de nuestro destino precedero, a la ineluctable fatalidad de la muerte, que sabiamente acata. Eso ocurre al final de la quinta década del siglo, cuando escribe "Presagio" y "Variaciones del pez en la sangre" (1947), poema lleno de premoniciones y misterio, de fundamental conocimiento para la comprensión de su obra posterior, que sumará tres nuevos títulos: Laurel de Ceniza (1952); Cuando la isla era doncella (1954), y Con la llave en el suelo (1962), libros los dos últimos galardonados en el Concurso Miró y publicados en 1961 y 1970, respectivamente. Y en 1964, reacción ante los sangrientos sucesos ocurridos en los límites de la ciudad y la antigua Zona del Canal, escribió "Canto heróico", acaso su único poema de intención francamente política, ahora dado a la luz. (Existe una edición privada, limitadísima, de formato gigantesco e ilustraciones de Guillermo Trujillo). A todo ello deben agregarse algunos textos dispersos o inéditos. Un compendio representativo de esa totalidad constituyen los cincuenta y cinco poemas que integran la presente antología.

La obra poética de Bermudez ofrece un curioso contraste: hondo subjetivismo y extremado rigor formal. Esto es particularmente cierto en Poemas de Ausencia, Laurel de Ceniza y Cuando la isla era doncella, libros que siguen un rígido patrón en cuanto a la armonía del

conjunto, aunque el poeta es fervoroso cultor del verso libre, en el sentido subrayado por Lugones¹. Como arquitecto nos dice lúcidamente el tumultuoso caos originario en que el creador vive inmerso, caos intuído ya en sus días de estudiante y traductor de poemas amorosos de la India². Somos pez que persiste en la sangre, y somos, en lo personal, el camino que va derecho a la muerte. Con esas certidumbres podemos proseguir impávidos y escoger el habitáculo en que debe discurrir, apagada "la fulgurante rosa de la conciencia", nuestra aventura irrenunciable. Bermúdez fabrica su propio mundo, que ilumina la autonomía poética de las palabras que lo identifican. Porque tiene su personal repertorio léxico, otro de los distintivos de su poesía: lágrimas, muerte, sangre, silencio, sueño; aguacero, alcanfor, aljófares, espuma, nacar, serafín, etc., y su fauna y su flora peculiares, su paisaje de "luz limonar", donde, "marejadas de zafiro" no alcanzan a perturbar la "nave de jazmín" mientras en la playa "juegan cervatillos de luna" y dilogan "el lagarto azul" y la "tortuga de aserrín enamorado"³. Ese otro mundo en el que, por íntima voluntad, espera el cumplimiento de sus premoniciones, consecuencia de su previa comunión sensorial con la geografía panameña, es coto cerrado para quienes se resisten a entender que la poesía no es

1.- En *Poemas de Ausencia* se alternan pareados y cuartetos endecasílabos, en proporción de cuatro y tres. "Variaciones del pez en la sangre" consta de diez series de tres estrofas de cuatro versos aejandrinos. *Laurel de Ceniza* se compone de nueve cantos de nueve estrofas de cinco versos endecasílabos cada una. Y *Cuando la isla era doncella* se integra con catorce cantos de seis estancias endecasílabas cada uno. Sólo *Adán Liberado* y *Con la llave en el sueño* no muestran un orden estrófico fijo, que sí ofrece "Canto Heroico", en cuanto al número de versos de cada estrofa.

2.- Hacia 1937, estudiante de arquitectura en Los Angeles, California, Bermúdez se dio a traducir *India's Love Lyrics*. Del poema "La selva de Tecas" son los versos siguientes: "¿Nos dominan instintos animales bajo la forma humana?/ Habría desmayado entonces si tu sangre probará".

3.- Por su parte, paralelamente, Carlos Fuentes advertía la esencial poesía de la toponimia del Istmo. En su su cuento "La letanía de la orquídea" de su libro *Los Días Enmascarados* (1954), escribe:

"Jugaba con lentitud a la jitanjáfora: el país está poblado de ellas, eran como sus pies. . .

"Alanje, Guararé, Macaracas, Arraiján, Chiriquí.

"Sambú, Chitré, Penonomé.

"Chicán (sic), Cocolí, Portogandí . . . ¡se ritmo era una defensa

Y Stefan Baciu, incansable estudioso de las letras latinoamericanas observa que la obra de Bermúdez se nutre de toda "una botánica y zoología tropical". Ver "Algunos poetas parapsicógrafos latinoamericanos en la revista "Eco", Bogotá, octubre de 1980, No.228.

rutina verbal ni experiencia corriente, para quienes no advierten que se frustra "el fulgor de los espejos cuando sólo eran frutas las manzanas y no palomas de rubí dormidas en jaulas de topacio". En apoyo de su tesis el poeta nos regala con todo una galería de cuadros surrealistas.

Ese hondo subjetivismo de Bermúdez, esa inflexible disciplina formal, basamento de su obra, han dado pábulo a que se hable de oscuridad y hermetismo. Por fortuna, y en verdad, se trata de otra cosa: de superar el ámbito de lo cotidiano, de sustraernos al imperio de lo doméstico y municipal para internarnos en el universo sin horario de los valores estéticos, en pleno ejercicio del albedrío con que son agraciados los poetas y los santos.

Panamá, mayo de 1982

RODRIGO MIRO

POEMAS DE AUSENCIA

(fecha de escritura: 1937)
(fecha de publicación: 1937)

POEMA DEL OLVIDO IMPOSIBLE

A cada beso de tu viva rosa
comienzan nuevas eras de canción.

Feliz espigadora de poesía,
camino de aire, júbilo de pan,
las aguas de tus ojos soñadores
están llenas de música y de sol

Sonido dulce de lejanas voces
en el sueño que copia tu mirar.

En tu pena mi pena fue tu apoyo,
en mi dicha tu dicha fue la luz,
en todos mis silencios perduraste
estrella de mis noches sin fulgor.

Sucumbe entre las manos extraviadas
tu imagen presurosa de jazmín.

Presencia de tu sangre en mi cerebro,
blancura de tus dientes en mi cal,
uncido para siempre a la memoria
bajaré a las raíces del dolor.

Más allá de la noche y de la angustia
se agitan tus aromas de mujer.

POEMA DEL DOLOR INFINITO

Bajo el olvido de la noche muda
se desploma en mis sueños la inquietud.

Todo el vacío que tu ausencia deja
abre de par en par la soledad,

la angustia desordena los caminos
y me asaltan las olas de tu adiós.

La nostalgia los astros picotea
tus señales de pan para volver.

La amarga inmensidad se multiplica
en círculos de brazos hacia tí;
el insomnio que ronda entre la niebla
se rinde fatigado de ladrar.

Tu sollozo el olvido desdibuja
entre las grietas del atardecer.

Quizá la lluvia tu memoria enciende
cuando cubre de flores mi dolor,
que la esponja del aire enjuga el tiempo
y como un demente el día echa a correr.

Tus manos, de la ausencia rescatadas,
me humanizan sobre la cruz del sur.

POEMA DEL DELIRIO TANGIBLE

Con su espada el olvido hiende el aire
que sustenta tu nombre en el jardín.

Eres una bandada de palomas
cruzando entre vertientes de furor,
un suspiro de luz que horada el sueño
entre dos lunas de cansancio gris.

La rosa de los labios más se amarga
al paso de los días que se van.

Tras el rastro de sombra de tu ausencia
refulge el grito en llamas de mi ser,

**el punzante letargo del olvido
me enerva con el eco de tu voz.**

**!Quebrar guijarros sobre la memoria,
hacer que el alma vibre en su gemir!**

**Los humos de la tarde guían tus brazos
hacia donde se acrece mi ansiedad:
las negras mariposas de mis ojos
pierden el rumbo en búsqueda de tí.**

**¡Oh carne, te haces piedra lentamente
bajo el musgo de manos del adiós!**

POEMA DE FUGA CRECIENTE

**Te he mirado tan lejos de mis ojos
que el agua que te copia se secó.**

**La fatiga erosiona las amarras
que me unen a tu voz y a tu reír,
los molinos de nuestras ansias truncas
pugnan por contener la soledad.**

**Sobre el aire tus manos gravan signos
que aumentan el furor de mi inquietud.**

**Por el cristal de mis poemas tuyos
transcurren negras aves otra vez,
las lejanías de mi voz sin torres
se arrastran como sombras tras de tí.**

**Una fuerza me arroja hacia el vacío:
en mi incendio tu cuerpo sabe a sal.**

Todo se hunde en un fondo de espirales
bajo el reflujo inmóvil de mi ser,
anochese en las cuencas de mis manos
y un torrente de besos corre a tí.

Se ilumina y se apaga en la memoria
el pañuelo de llamas de tu adiós.

POEMA DEL ENSUEÑO FINAL

Ultima luz de las estrellas muertas,
residuo de neblina y soledad.

Distante en los deseos intangibles,
colina coronada de laurel,
vuelcas la lejanía de tus labios
entre la soledad del corazón.

Dos heridas de pájaros celosos
tus hoyuelos de malva y de jazmín.

Escombros de los sueños memoriales
por los derrumbes de la adversidad:
mis manos recogieron arcos iris
en el rastro de sombras de tu adiós.

Mudo cielo en las sienas de la tarde
bajo el dormido musgo de la mar.

Perdida para siempre en la memoria,
ángel cautivo en cárceles de luz,
divergiste los rumbos de tus alas
uncida a un panorama de papel.

¡Viento de los corceles desbocados
llévate entre tus humos mi dolor!

ADAN LIBERADO

(fecha de escritura: 1942)
(fecha de publicación: 1944)

TAMBORITO TRISTE

Te vas, Florecita Blanca,
madurada de adioscitos,
con tus cabellos de azúcar
y los ojos de aguacero.

Llorelé de la tinaja
llorando rosas de arcilla.

Florecita boquiabierta,
descalza de ruiseñores,
por el aire te me escurres
sin que respire tu beso.

Ajé y ajá que te siguen
mis pies de estrellas sin nombre.

Porque quedo sin tu risa
voy a morirme de sombra,
y el eco del valle frío
se comerá tu recuerdo.

Adios Florecita Blanca,
adioscito cabizbajo.

PLAYERA

Hora de bajamar salobre y verde,
cuando crece la fruta de la playa
sin espinas de niños marineros
y canta así la brisa de la tarde:

—El perro blanco
y el perro negro juegan en la arena,
juegan al sexo
en la gris complacencia de la sombra.

Hora de pleamar, amplia y jocunda,
cuando lloran los ojos del cangrejo
y dice así la noche arrodillada
su profunda canción de caracola:

— el pez de oro
y el pez de plata juegan en la espuma,
juegan al sexo
en la azul transparencia de la estrella.

SEGUNDO RECUERDO

Como si para recordarte hiciera falta tu recuerdo,
como si para estar contigo necesitara tu presencia,
he vuelto a complacerme en tu mirada diligente y salvaje,
como la modelaste sobre el húmedo barro de mis ojos,
muchos antes de que fueras la tú que yo inventara
para endulzar mi viaje y tu lamento.

Pienso de nuevo en tí, en la risueña y franca simpatía
enredada en tus lóbregos cabellos de scherzos y sonatas,
en tus labios de frutas sin espinas despiertas
donde pasaba el tiempo descalzo de congojas,
en tus manos cuajadas de guirnaldas y números dormidos
con su lejano adiós de porcelana y hielo.

Para sentirte entera, sin partículas falsas prendidas en mis manos,
he corrido más lejos que todas mis amargas resistencias,
que todos los prejuicios que chuparon la llama de tu risa
hasta desfigurar la tierna mariposa de tu sexo,
más allá de la imagen que empuja las plumas de mi muerte
hacia otra sangre limpia de escombros y fantasmas.

Ni bajo la desnuda claridad de estos versos
arrancados en nombre de tu larva de estrellas y suspiros,
ni bajo el polvo fino de mis huesos gastados de esperar tu venida,
podrás nunca saber el resplandor de espanto que copiaron
(mis lágrimas,
cuando cayó pesada y hosca la cuchilla del tiempo
y los dientes del mar mordieron tu perfume de espuma.

TERCER RECUERDO

Porque bien sé que te conoce mi silencio,
ya que has dormido tanto entre sus manos,
para poder llegar a estas palabras repletas de tus ojos
he llenado mis venas con su profundo líquido,
y junto con aquello que llamábamos Tiempo
cuando medir queríamos nuestro amor sin medida
he sentido crecer tu voz en mi presencia
como una fruta interminablemente amarga.

Tal vez, por que te miro desprendida del mar y del crepúsculo,
limpia del árbol y la estrella y las zarzas del aire,
recuerdo el nacimiento de tu raigambre humana
en mi espantado corazón de niño triste,
el sabor de tus senos maternos,
y la caricia vegetal y verde
de tu sexo doliente y pensativo.

Aunque otra vez la Aurora cayera entre nosotros
y ensuciara tu cabellera de pájaros y luces,
en este alumbramiento de mí mismo
sólo anhelo frotar tu fino cuerpo de caucho y hielo seco,
tu cuerpo de metal y agrias naranjas,
pensar que recupero tu pálida sonrisa
derrotada en mis brazos,
y tu distante claridad de madre
desierta de promesas.

Siempre que gasto un poco
de tu recuerdo acumulado en mi silencio
vienes hasta la ruina de mi cerebro ardiente,
clavas sombras de sangre en mi conciencia,
y maltratas la forma de mi angustia
hasta que apenas la conozco
con sus rotas raíces
mirando al cielo con dolor de aguas quebradas.

Sin embargo, la agreste convulsión de tu recuerdo
con su inflamado llanto arrepentido
es lo único que amansa la nostalgia
de tu infinita muerte, repetida
a la hora en que los barcos se desprenden del puerto
y los trenes se ahogan de vacío.

A L I C E B L U E

Recuerdo tus palabras voluptuosas,
redondas y carnales como tu cuerpo grávido,
y aquel último rostro
que la vida te diera
para mirar la Muerte.

Como aquella otra Alicia sumergida en cristales,
te escapaste a través del agua del espejo
para encontrarme entre la niebla mirando arder la noche,
porque yo no vivía en la gris superficie de las cosas,
y tú tan sólo estabas en las islas del canto,
cubriendo con jazmines y sonrisas
las desvirtuadas realidades.

Para ti siempre todo fué distinto
a la imagen del sueño que subía por tus venas
mordidas de fracasos y aventuras,
y así, tu corazón propicio para el beso,

tu iluminado corazón interminable,
se plegó a mis intentos varoniles,
despiadados y oscuros,
con una sed de llama despeinada.

Porque llueve,
no puede ser, tal vez, por otro efluvio,
ahora recuerdo que fuí lluvia sexual para tus senos
allagados de estériles congojas;
flor de mimbre y estaño
en el rubio jardín de tus muslos de trigo,
mariposa de fuego sobre tu boca despiadadamente tierna
a pesar del sollozo acumulado
que manchaba tus dientes de silencio.

Siempre serás, en mi ceguera blanca
de pescador de perlas infructuoso,
un tierno grito apaciguado y lento
de pie sobre la aurora.

RUPTURA CON EL MAR

Caracolas y conchas y silencios de arena
donde mis dedos niños amasaron caricias,
y las primeras formas
revelaron alegres
dimensiones cinéticas.

El mar, con su humedad de senos agrios,
sus ángeles de espumas,
sus cabellos peinados de tormenta,
sus faros derretidos,
sus fósforos de plata,
sus espigas de peces de colores,
y la verde sonrisa de sus labios oceánicos.

Toda mi infancia se estremece en mis palabras
destilando ansiedad de pañuelo batido inútilmente,
y me acosan recuerdos de hospitales,
de llagas adornadas con rosas de mercurio
y gritos de mujeres que se arrancan los hijos a pedazos,
por esa asociación de vida torturada
que existe entre el sollozo de tus olas
y aquel otro dolor sin horizontes.

Si me fuera posible perdonar tu exterminio
y beberme la sangre de todas las auroras desolladas
que han muerto tus delfines,
mi dolor llegaría a ser tan blando
como el camino de agua que señala
el regreso a los puertos.

Pero como tu has sido siempre,
con tu ballet de pájaros,
con tu largo murmullo de guitarras podridas
y náufraga canciones,
quien se ha llevado mi dolor a cuevas
más allá de la noche y del silencio,
de la lluvia y del garfio de mis ansias,
sobre mi corazón constantemente
llora el tatuaje de todas las sonrisas que se hundieron
en tu salobre voz de muerte marinera.

REGRESO A ALFREDO NAVARRO

Después de seis años de hundirme en esponjas de olvido
y borrar las visiones de tu muerte violenta,
tu sonrisa se pega al cielo de mi boca
como un sabor con uñas, intransigente al don de la saliva.

Todo este tiempo te he mirado en el grano de arena
y he estrechado tu mano en la caricia verde del helecho,

porque tu corazón ha seguido sonando en mis oídos,
eco de pájaro sin alas,
grito sin perspectivas, mustio
clamor de corazón inmóvil
bajo el peso de la tierra bermeja y del aire descalzo.

Náufrago de ese mundo sin horarios,
he visto entre la noche tu pañuelo de llamas,
tus dedos de luciérnagas,
tus gestos de cristales hecho añicos,
como si entre los dos no hubiera un puente de clavos,
como si mi palabra no estuviera teñida con tu sangre
de donde hoy vuelan mariposas negras.

Cuando mi soledad se cubre de algas
y me arroja a los pies de mi mismo
como una cáscara de canto,
regreso siempre a tu última mirada,
la que calcó la forma siniestra de aquel árbol en medio de tu espacio,
y me acompañó con tu muerte
para estar contigo, con tu voz de hielo.

Entonces, sólo entonces,
porque estoy a tu lado sin saberlo,
cuando tus brazos luchan como molinos locos,
cuando la muerte viene brincando entre las hojas,
cuando el minuto queda sin resuellos,
cuando salta la vida como un títere de trapo,
cuando el paisaje bebe tu inteligencia rota
y recoge la ruina de tu cuerpo,
porque estoy a tu lado sin poder ayudarte,
sin poder ni siquiera a tí decirlo,
siento que en mi garganta crecen
las palabras que nunca alcanzaron tus labios.

PALABRAS POR EL HIJO AUSENTE

Tan muerto en muerte no nacida
como ese mar sin algas y sin labios,
playa sin olas donde apenas
camina un perro husmenado conchas
bajo el opaco viento del crepúsculo.

Muerto sin nacer, pétalo de azúcar,
truncada fuente de cabello y sangre,
molécula de llanto y de sollozo
que amasaron mis labios en la aurora de tu madre posible,
flecha de canto y fuego
que aun lastima mi corazón sin espejismos.

Si te hubiera arrancado de tu cárcel de espumas
dejando que tu joven sonrisa de amapolas
corriera libremente con la azul vitalidad de las venas alegres,
tu lengua, fresca llama de cerezas,
adornaría mis palabras manchadas de amargura.

Pero aun tu no cabías entre mis brazos torpes
ni en mi perfil de leñador de estrellas y de niños,
y así, tu queja apolismada y sin eco de pájaros
cayó al abismo del minuto muerto,
como una lluvia anónima
sobre mil labios de ventosas ébrias.

Pobre hijo de merengue y sal, llamando con tu voz de trapo
desde el balcón de aquella noche
donde el turno, tal vez, te fue negado para siempre,
de separar los dulces risos del sexo de tu madre
para mirar con ojos lácteos al mundo cara a cara.

Por eso,
quiero que estas palabras mías
calen sobre tu amargo resentimiento
de abandonada esperma
como un puñado de fragancias rojas
sobre tu mundo de silencios y alas.

PRESENCIA DE MI PADRE
A LOS VEINTE AÑOS DE SU MUERTE

Para sentir el crecimiento de tu herrumbe,
para poder hundirme en tu conciencia ausente
del sol, de los paisajes, y las piedras,
en tu solemne gravedad desesperada
de padres sin parábolas brillantes,
hoy estuve mirando intensamente
la muerta forma de un gorrión en vuelo cancelado.

Mi infancia acumulada,
ola que rompe frascos de recuerdos
sobre costas perdidas por veinte años,
golpea de repente mis sentidos
como si todas las cortezas de nubes del crepúsculo
soltaran toneladas de plumas de colores
sobre el dormido sepia de mis ojos.

De nuevo oigo tu voz de gelatina y hueso frío,
para siempre empolvada de mármoles caducos,
para siempre ensuciada por el rudo compás de los relojes
que llaman a tu sueño sin respuesta,
para siempre burlada por teléfonos sordos
donde sube tu angustia anónimas congojas
y lianas de agonía.

Después de tantos años de ajuste funerario,
de miembros comprimidos e inútiles amarres,
quizá tu ya no sepas sentarte al lado mío
a hablar de muchas cosas que nunca se dijeron,
a oírte en mi palabra, que creció de la tuya,
injerto de suspiros blancos y ramas infinitas.

En muchos de mis gestos estás siempre presente
como una mariposa de yeso entristecido,
y en mis zapatos blancos descubro tus pisadas
para no despertarme cuando dormí en tus brazos,
para saltar las aguas de la lluvia,
y llevar tus riñones desplomados y negros
hasta donde la muerte te dijo que podías.

Hacía tiempo que buscaba tus anclas extraviadas,
más abajo del lodo comprensivo
y de las flores que respiran tu silencio,
sin sospechar la permanencia de tu cansancio agazapado
como un ave nocturna en mi dolor marchito.

LIBRE YA DEL RENCOR DEL SEXO HERIDO

Libre ya del rencor del sexo herido,
sin besos enterrados en mis labios
ni torsos encendidos corriendo por el sueño,
tal vez, los girasoles clavarían sus ojos
en el retoño de mis brazos frescos
creciendo hacia la tarde.

Toda esta angustia que escondió mi rostro
entre la pálida humedad de la epidermis,
abriría sus tiernos arreboles
ante mis pasos verticales,
por donde he de salirme de mi mismo algún día
en busca de mi encuentro.

Unicamente, separado de esa aguda inquietud desesperante,
que muerde de conflictos la vigilia
y ensucia de linternas el silencio,
podría yo sentirme claro
como para sembrar mi corazón naciente
en las rotas heridas de mis gritos.

Por que ni disfrazando de espejos terrenales
y curvos laberintos mi dolor iluminado,
lograría engañar mi perenne entusiasmo,
repetido en los ecos de sangre de mis venas
como un pesado golpe de martillo
sobre mis rotas ansias.

TODAVIA MAS FUERTE QUE YO MISMO

Todavía más fuerte que yo mismo,
con mis cavernas de recuerdos
y los ojos hundidos en las cosas,
es este afán de ser sólo estructura,
agua de pensamiento limpia de manos claudicantes.

Suelto de todo ambaje falso,
sobre la despojada piel de barro que mi exterminio implica,
sentiría el triunfante abrazo de los vientos,
y el llamado de pájaros de mi lejana patria
sumergida en las nubes.

Todo este esfuerzo incalculable de soledad y ajuste,
este voraz apartamiento en busca de mis raíces hondas,
este nadar en mi conciencia agreste y desvelada,
serían, finalmente, compensados en mi profundo hallazgo,
libre de milenarias estratas de silencio.

UNIDOS COMO UN NUMERO INSOLUBLE

Unidos como un número insoluble,
la Humanidad y yo somos un sólo concepto indivisible,
un líquido sin forma vaciado sobre el Tiempo,
que no razgan las uñas de la brisa ni enturbian los paisajes.

Con la invisible savia de los cantos,
vamos creciendo mutuamente esbeltos
por el camino de las altas estrellas silenciosas
en busca del hallazgo presentido.

Nada pueden hacer los meridianos con sus doradas hoces
dividiendos los pétalos del mundo,
ni los lóbregos brazos de los mares
hundiéndose en la tierra maternal y doliente.

Es tan mío el dolor que corre por todos los compases,
entre los agrios ríos de lágrimas descalzas,
que aunque mis ojos no hayan dicho una palabra de protesta
mi corazón se empaña perennemente de neblina.

ROJO HA DE SER EL ESTUPOR NACIENTE

Rojo ha de ser el estupor naciente
batiendo entre la sangre de los muertos
su infinita bandera de esperanzas
cuando la aurora diga su mensaje
de luces tras la noche del martirio.

Si la espera es tan larga como un río
dando vuelta entre valles y montañas,
las raíces de amor serán más hondas
y las manos opacas de la vida
se abrirán como pétalos del cielo.

**Para que todas las campanas hablen
con los vientos del mar y de la tierra
de este hallazgo recóndito y perfecto,
mi voz ha de subir hasta la rama
más alta del dolor petrificado.**

**Tan sólo así podré saberme libre
de mezclar con mi arcilla sin congojas
la miel fraterna de los labios mustios
de todos los que mueren en silencio
porque sigan creciendo sus palabras.**

LAUREL DE CENIZAS

Elegía en nueve cantos

(fecha de escritura: 1946)
(fecha de publicación: 1952)

III

¡La amapola es más roja si mis ojos
la miran en sus verdes magnitudes
y no dentro de mí sin ruseñores:
flor de niebla que es lumbre y no devora
el aire genital que la circunda!

Allá en las tiernas cúspides del alba
—vegas de soledad y húmedos álamos—,
buscaba el mundo en tránsito de prismas
la irredimible forma de los sueños:
los célibes delirios del arcángel.

Entonces las cariátides inválidas
instuían el mar bajo las cejas:
los áulicos escombros que duplican
las errabundas novias. ¡Oh, ciudades
para vencer tus afluyentes limos!

La imperceptible furia que entre nubes
a la deriva, oprime, rencorosa
el mástil insepulto y la doncella,
también rasga los labios de la fuente,
las quemantes visiones del barquero.

De nuevo el vendaval y las murallas
de los exilios mal disimulados,
las augurales mariposas junto
a las trémulas puertas y el retorno
del musgo en la pizarra de los techos.

¡Oh, laberinto! ¡Hermoso laberinto
si dentro de la sangre contemplada
la augusta vanidad de los jardines
interiores, la réplica tranquila
de la amapola próxima y profunda!

**El pequeño deleite de las piedras
que aprisionan al tiempo en sus heridas
se parece a tu calma, a tu reposo
cuando la mar desciende por el lecho
y lleva su acritud a otros amantes.**

**Al resurgir el día en los aljibes
corren los dados con premura y miedo
hasta el umbral del aire y resucita
ilesa tu inclemente desventura.
¡Víctima del furor de su ardimiento!**

**El clavel no lo ignora y lo comenta
en sus esguinces ágiles y dulces
con el ardiente césped, inclinado
sobre la tierra como un novio triste,
mientras el fuego avanza por el bosque.**

IV

**Vivo está el tiempo que la sangre elige
para poblar los vívidos vergeles:
adelfas victoriosas y carnales
solícitas de amor y de redomas,
frenéticas de tumbas y epitafios.**

**A su cernida hora, lo comprendo
con pavura y vigor iluminados,
porque la sangre es díscola ya ampliada
en el recinto azul de la conciencia,
ambiciosa de cisnes y ciudades.**

**Por esas latitudes, tan adictas
a retener la cólera y lo ecos
del disonante río en la espesura
del piano, también la noche ofrece
sus recónditas algas de memoria.**

Los haberes de ayer junto a la lámpara:
el libro abierto y el difunto artista
que vislumbró su refulgente doble
con hielos en los ojos, demasiado
temprano en el volar de las gaviotas.

¡Oh ingrata libertad! ¡Oh compañía
por los turbios senderos del crepúsculo
que corren hacia el mar, siempre al océano
donde postreras naves aseguran
ominosos velámenes de niebla!

Nadie acompaña la marchita adelfa:
sombra de flor en los cristales vagos.
Figura de tu ser en la obstinada
comba de los espejos intranquilos.
¡Súbita soledad de los burdeles!

En torres de laurel, cautas cenizas
custodian la infalible madre selva.
¡Vésperos y atanores te conducen
y níveos meridianos apresuran
las inclementes llamas destructoras ;

¡Fragua de los suplicios temporales!
Las iracundas manos del silencio
deshojan el primor y los deleites
de la irisada espiga. ¡Oh ilegítima
ráfaga de topacios subversivos!

Soldados de relente y vigilantes
penumbras desveladas aminoran
tu corrosiva lengua. ¡Oh inoportuna,
inexorable hoguera de suspiros
asomada a los ojos del cordero!

V

Fui a sosegarte, oh Muerte a los pensiles
de la memoria: en el desnudo asilo
del tiempo y los indóciles espacios
que habita y desaloja el navegante
con su absente caudal de siempre vivas.

Por las frondas tu voz era exaudible
y duplicaba el brillo tu hermosura
alejada de todo duelo, como
si fuéramos amantes conciliados
por el vino y la paz de las alcobas.

Cuando pensaba en tu traición postrera
rehuía culparte, porque el hombre
ama sin luchas ni lubricio aquello
que aún posee y otorga el día a cambio
del abolido reino de su gloria.

Entre el difuso libro y los vitrales
—triste fulgor y pardas golondrinas
en torno de las últimas cisternas—
estabas dentro y fuera de las cosas
soñándome en tu sueño desvelado.

Pero sólo en el mar te contemplaba
sin verte, dominando placentera
los humildes destellos de los faros
asidos a tu adusta omnipresencia:
flotantes en la luz de los cantiles.

Sólo allí eras el mar y no la nada.
¡Jardinera de frías soledades ;
¡Transfigurado espectro de las islas
donde el polvo jamás cubre las puertas
que cierran las mansiones del pasado!

Sólo allí . . . ¡Oh prisionera en la esmeralda
música de los ríos invitados ;
La sangre, en tronos de coral, dormida
hiende tus infinitos eslabones
y descansan las naves y los cuerpos.

¡Levanta el corazón sobre las olas,
bella durmiente, hermana del jacinto!
y dime si en la noche de los puertos
extravías mis labios en los juncos
que humedecen el pubis del océano

También cerca del mar, ya sosegado
de tu ardorosa compañía, busco
el nuevo amanecer de tus señales.
¡Inclemente deidad que me persigues
con la rosa del viento por aliada!

VI

Escarnecida anémona de hielo,
ennubada vertiente de tiniebla
que a tí misma devoras día a día,
¿el instante vivido, no es acaso
la única posesión fielmente tuya?

El ruiñeñor lo sabe y lo repite
por el cautivo litoral del arpa,
víctima de la luz que lo desvela;
por pájaro y por novio de la fuente
donde oculta tu sien sus vaticinos.

Opulenta verdad, gallarda y fría
atravesas los sueños y los años . . .
¿Por qué enloquece la luctuosa abeja
de los ojos privada, en el tumulto
del aire que tu ardor también lesiona?

Arcángel disoluto y altanero,
plúmbeo de memorias ya vencidas,
nadie alcanza tu adulta confianza
ávido de cenizas, inviolado
por las manos del sur y del otoño.

Nadie en el verde litoral del llanto
resonante y salino en sus mareas
oye tu voz y , sin embargo, existes
con el clamor del ruido que circula
en el ciprés que tiembla al escucharte.

Estás dentro de mí, libre y ardiente
en los intactos círculos del fuego
—pródiga tumba en auras retenida—
y das cauce a la muerte sin desearlo
consumiendo la imagen que te hospeda.

Sólo hay desolación en el collado,
la pradera, los sotos, el cabildo,
la torre de marfil y los senderos
que custodian el mar y lo consuelan
de tu lenta venganza ineluctable.

Pero una noche el pulso de la luna
dejará de latir en los oráculos,
y en aguas subterráneas tu cadáver
descansará entre fábulas de arena
a la sombra de un árbol de poesía.

Entonces, el velado escalofrío
de tu rosada lengua sin futuro
inerte ya a las súplicas del alba,
pasará por mi cuerpo hacia las grutas
que conducen al fondo de los párpados.

VIII

Donde la mano pule sus torturas
y esconde las arcanas confiancias,
es mejor que lloréis porque el olvido
lastima los cimientos del verano,
las apacibles trenzas de la novia.

¡Oh suplicantes bronces prevenidos!
Es mejor que lloréis porque la rosa
desepera rasgada entre las dunas
y su voz vespéral clama al lucero
de una inerte visión ultramarina.

Los últimos arqueros de la tarde
hieren el hontanar de tus dominios . . .
Fúnebres setos y agoreras nubes
suenan sus disidentes cornamusas,
sus implacables liras de nostalgia.

Insulas de alcanfor y tamarindos,
herméticas y múltiples, descubren
en el telón de plata sus coronas
para verte pasar, ciega y erguida,
por los morosos cauces del sonido.

En la tibia interperie de la carne
siento tus pasos, lóbrega viajera,
tus quemantes mastines en el sueño . . .
¡Oh cruel perseguidora de designios
y consternados gules de ventura!

Agónica la sangre, renovadas
las gélidas corrientes del suplicio.
¡Qué mínimas tus alas y qué puras
en los móviles cielos constelado !
¡Qué follajes de dicha sin cautela!

Eres terrible lejos de la encina
que eleva por mis sienes sus columnas,
delgada admonición de los alcores,
y en las distantes nébulas que imploran
un cuerpo que navegue por sus aguas.

Aquí en mi libertad de prodigarte
asilo de gacelas y memorias
de risueño fulgor, eras pausada,
inerte, cristalina . . . ¡Oh incommovible
margen de muy agregias certidumbres!

Serenísimo albur en capiteles
de claridad, acerca tus raudales.
Ven sin temor al diáfano banquete.
Sube a la luz del pensamiento mío
vispera de tus hielos zumbadores.

IX

Oh laurel de ceniza que al fin llegas
a la tranquila cumbre de tus hojas,
y en sitios de silencio te desnudas
libre de los ardores de la savia
para alcanzar la tierra sin edades.

Reserva los perfiles del momento
que ocupabas un aire desnevado,
cuando era rey de abismos y altamiras,
adalid de calientes atanores
y pastor de guirnaldas parameras.

Has colmado la miel de los arbustos,
los límites que el cierzo te permite . . .
Ahora la eternidad reclina suave
su frente en tus espesas soledades,
ya en ósea arquitectura terminada.

Deja que piese en tí al recordarme
mirando tu cintura bajo un ciego
crepúsculo de oníricos carbones,
por alígeras nubes transparentes
donde jamás la luna se revela.

Viviré para verte si mis ojos
guardan la dulce imagen de tu foma
y no esquivan los brillos al fundirme
en tus densos y verdes tornasoles,
como en los claros mundos destruídos.

Aquí en los altos lirios de la música
que recorre mi sangre, te saludo
desde hoy para los días venideros
cuando seré tu riguroso amante
entre musgos de besos y violines.

Sé que de tanto amor has de encontrarme,
nítida pertenencias de las frondas,
al final de tu búsqueda mi sueño.
¡Corre por tus raíces y mis venas,
arborizada linfa de la muerte!

Juntos iremos por el río helado
que atraviesa los lares de la espina
a la mar. . . y en la mar incandescente,
clámide de los cambios sucesivos,
se cumplirán los esponsales délficos.

¡Oh intermitente coro que realzas
la gloria de los fúnebres diamantes!
¡Cantad! Cantad a la adventicia hoguera
que consume el laurel, mientras declina
un sol inmenso en oros pensativos.

CUANDO LA ISLA ERA DONCELLA

Catorce temas taboganos

(fecha de escritura: 1954)

(fecha de publicación: 1961)

I

Antes que el aire fuera marinero
entre la sangre de mis siete mares,
y la luz limonar de mis dos ojos
tus barrocas colinas despeinara;

antes que el fuego verde de un relámpago
las pensativas sienas encendiera,
y en mis manos flotaran los arcángeles
que custodian la sal de la memoria;

siempre y desde que el lirio de mis labios
en tu nombre de ave amaneciera,
y soñaran con árboles de nácar
los húmedos follajes de tus olas;

estabas junto a mí, ayer y ahora,
creciendo en los verjeles, sumergida
en las cejas, de pie en los huracanes,
con una rosa roja en los amores.

Isla de paz en zócalos de olvido:
eras y eres el pulso acelerado
que da sabor de luna a las almejas
y contornos de agua a lo recuerdos.

Te saludo con un geranio ardiente
al entrar por tus dulces plenamares,
como un galán dormido que despierta
con el rostro del sueño entre las manos.

II

El mar, cuando la Isla era doncella
y nave de jazmín calzar solía,
era un antiguo mar enamorado
por radas y penínsulas y esteros.

Australes lienzos de organdí florido
amarraban su túnica de nácares
verdes, cuando la Isla era doncella
y el mar ya la buscaba en la neblina.

Aguafuertes de brumas asustadas,
leopardos de verdor y sin colmillos
y conchas como pórfidos desnudos,
eran su piel, sus trenzas y sus senos.

Sin lazos, ni collares ni rubores
el mar la descubrió por sus riberas,
una noche de abril que perseguía
cervatillos de luna por la playa.

Alumna de los vientos y las olas,
con cadenas de peces y aquilones
la retuvo en su voz y en sus miradas
navegando entre hierbas submarinas.

Desde entonces abraza su cintura,
¡Oh enajenada niña en las almenas!
y los labios le cubre de corales
con marejadas de zafiros fuegos.

III

Sal salinero y alguacil de espuma
de la acuarela de los tamarindos,
alza tu quilla, plenamares rompe
con remos de clavel amartelado.

Diezmil esquifes de aguamiel moruna
giran a sotavento, sin timones.
Chirimoyas de mar y algas dormidas
cargan en sus bodegas al mercado.

Langostas de relente por el cielo
vuelan con sus plumones despeinados,
y rojos argonautas, pececillos,
descienden las marinas pasarelas.

Isla de flor, de flores encalladas
en arrecifes de salina aroma,
tu aliento, crestamar de los alientos,
tiñe el confín del golfo, ventolera.

Tendida entre dos soles, la restinga,
cumbres de helecho rompe y claraboyas,
morros de turbia miel y unicorneados
por sortijas de rizos platinegros.

Mar de las marejadas interiores,
mar de escayolas naves y candiles
de cal y canto. Mar, mar marinero,
verde alguacil de espumas placenteras.

IV

Con su estela de nardos y gaviotas
rumbo al amanecer, los navegantes
islotos apresuran sus vapores
de un morado color de escalofrío.

En la esmeralda guarnición del puerto
cien cañones de niebla los reciben,
cien agujas que baten sus costados
con granadas de peces amarillos.

Cada redoble azul del artillero
muere un lobo de mar en las cubiertas:
un congelado resplandor argente
a bordo de negruzcos farallones.

Con sus dedos de amor el aire enjuga
las mortales heridas de las sombras,
y resucita alcázares y velas,
áncoras y flamencos flotadores.

Nuevas quillas de lumbre marinera,
bajeles tibios y dorados fucos,
renacen de las aguas desveladas
en los verdes espejos de la aurora.

Una escuadra de luces mañaneras
irrumpe por los faros destruídos,
y la Isla contempla sin saberlo
el cadáver del cielo entre las olas.

V

Mediodía en los pétalos del agua
ciega de los jardines plenamares,
cumbre de los velados rui señores
que en cárcel de cristal su canto suenan.

Palmares submarinos y bureles
mece el vaivén de plata de la siesta,
y polluelos de luz maromas hacen
de rama en rama por las blancas ostras.

Un pregón de pescados y lechugas,
ajicillos de amor y calamares,
corre por las cocadas de las piñas
y estremece las uñas del cangrejo.

Viva está la arboleda de las olas
y vivo el mar de gracia de las flores
en esta reposada arquitectura
de tropicales frisos marineros.

Varada en una rosa sin espinas,
la cúpula del pueblo desfallece
de mirar la botella que aprisiona
un cernido bajel de pescadores.

El escarpado monte entre goletas
de verde estalactita, se derrumba,
y hojas como tigrillos zumbadores
penden sobre el tamiz de la ensenada.

VII

Por el dormido gris de las caletas
levemente dorado en los ancones,
baja la tarde al fin sus banderines
con salvas de cuarenta caracolas.

Un polvo de diamantes masteleros
cubre las torres de la mar salina,
y desfallece el aire en los aljibes
con diminutas alas nazarenas.

En el poniente se despluman nubes
palomitas de escarcha y caramelos:
nubes de terracota y pan molido
con sabor a pastel azucarado.

Somos de nuevo niños y sirenas
a ver nos llevan dulces tiburones,
langostinos en flor y descendiendo
por espirales gradas submarinas.

Peces como suspiros y bucólicos
enamoradas coles asemejan,
mientras la luna añil de los espejos
con luces de cristal despide el día.

Tantas cosas de ayer, tantos escombros
de moluscos galantes contra el frío
de chalupas y costas encalladas
con las redes dormidas, marineras!

VIII

Fuegos prendió la noche de esmeriles
musgos, en el candil ultramarino
de un caracol de nácar que consume
celestes óleos de fulgor mojado.

Brincan delfines por las glaucas dunas
y desaferran, crueles, los faroles,
las rocas, las sardinas, las guitarras,
y el deslumbrante toro del vacío.

Cómo nos duele el aire en la pregunta
que la garganta esconde y desafina,
con tormentosos hielos encendidos
y pescados de colas en salmuera.

Tortugas de aserrín enamorado,
y tritones con remos como lirios
hunden también su voz en las arenas
buscando estrellamares y memorias.

Ni aún los marineros son iguales
en esta sobremesa sin claveles,
que resucita rostros flotadores
y barcarolas de rubí dormido.

Un lucero de plata, fiel grumete,
de su neptuno mirador divisa,
cristalinos tropeles de hipocampos
abordando a estribor el fondeadero.

X

Bajo un cielo de azules golondrinas
la sombra asciende con sus pies de escamas
y transfigura el monte, centinela,
rondando entre portales de rocío.

Ciudad de callejones inclinados:
púdica flor de marineros pétalos.
El pulso de la rada, detenido,
con el aire sin luz no se conforma.

Duerme la madreSelva y en los parques
el niño del briol muere de frío
con una vela roja entre las manos,
ajada flor de plumas salineras.

Por la rampa del sur la lluvia llora
en los fustes del templo, sostenida.
El dulce mar Pacífico la escucha
sin mover una sola verde ceja.

Alza la frente Dios y sus argollas
de luceros amargos palidecen
los últimos escollos navegantes
y el surtidor de estelas enfadadas.

Distante, una canción, rompe las hojas
del árbol de la noche, ventolina,
y tres mangos de sombra, tres doncellas,
en lecho de espolines se desmayan.

XII

Me hablaste del caballo en el invierno
que en el bosque se inclina y con los árboles
túneles de verdor va laborando
para enfrentarse al gris que se desploma.

Yo pensaba en mi novia junto al puerto
sobre el piano tendida, en la ventana
abierta para el norte de la tarde
como un limón de recortada espuma.

Aquel día volviste del estero
con los cabellos húmedos y el talle
tan delgado de ver sobre las aguas
las huellas del azar enamorado.

Me hablaste del caballo y de los tréboles . . .
Eres tan niña cuando el gallo canta
erguido por las ramas de sus sueño
y el amor en su voz te transparenta.

En las olas, tu rostro por las manos,
como un arpa de luz que se suaviza,
avanzó entre las márgenes, enhiesto,
con un calor de porcelana oscura.

Ahora la frágil linfa te refleja
pálida en sus dibujos estelares.
¡Oh disidente niña inmarcesible,
en el humo del tiempo, inmaculada!

XIV

¿Donde comienza el mar, dónde la tierra,
dónde es que el navegante te columbra
y horada el seno blando de tus olas,
tu ardiente plenamar de margaritas?

Desde un balcón de flores, reclinado,
¿cuan hermoso es sentir como penetras
entre la piel y surcas por la sangre,
trunfadora del agua y de los vientos!

Isla de mis amores, caracola
engarzada en los dientes de una hoguera,
sueño que estás en mí y eres la lumbre
que enciende los faroles de mi sueño.

Tantas son las maneras de quererte
que aún bajo las ondas que te guardan
oigo tu respirar y mis pulmones
respiran madreperlas y corales.

Donde duermen las naves, también duermo,
vencidas por el mar pero en tus hombros,
y en sus tumbas de dulces marejadas
pareces más doncella entre mis brazos.

Tres geranio en flor y serafines,
tres caballeros de pulido cobre,
acarician mi frente y me conducen
por el reino sin fin de tus espumas.

CON LA LLAVE EN EL SUELO

(fecha de escritura: 1962)
(fecha de publicación: 1970)

I

El niño y las tinieblas dialogaban
cuando arribé a tu vientre
solícito de nubes, como una noche el sauce
incrusta sus raíces
en la tierra sin torres todavía:
caracol de los túneles impávidos,
tigres de insomnio y tren de escalofríos.

Llegué con alas distendidas
sobre rubios delfines, arenas húmedas
en lágrimas de un rey proscrito,
roto el timón y los pavores
como deviene al marinero
oculto en nuestra sangre
desde el atardecer cuando
los epitáfios se repiten
tras el antiguo rompeolas.

Seguro me esperaban, sin embargo
esperar era un pórtico de nieve
con linternas dormidas, moribundos tapices,
arbolillos de música y olores,
lunas de polvo y en el suelo
la presentida miel de la esperanza
cuando enturbia el fulgor de los viajeros,
el paladar y los violines
que pueblan la memoria de los antepados.

Cuando te conocí por las errantes cúpulas
ya agosto abría las compuertas
donde esconde la muerte sus mastines,
volaban una torcaz de sombras
por el oblicuo fondo de algún río
y un ángel se escurría imperceptible
en los poros del cielo imaginado.

IV

Como avanza la fiebre en las alcobas
entre negros abismos
y avispas energúmenas
hasta apagar la fulgurante
rosa de la conciencia,
descendí lentamente por el hondo
zafiro de los sueños.

Pronto llegué a sentir el Sagitario
que dispara sus flechas a la luna
con efusión humana,
y también en la sangre
escuché su ardoroso galope cuando
buscaba en las praderas del instinto
animales deleites.

Después abrió sus parasoles
el colibrí de la memoria,
igual que un rostro que hunde sus perfiles
en el pulido púrpura del río
inmóvil en las hojas de la noche,
mientras descubre que la piel del aire
tiene un olor a madre selvas.

Desde entonces el calor y canto
de la luz con sus muros
de soledad fue construyendo
los transparentes hornos
donde lustran sus colas estrellas,
distantes y furtivas
en mis ojos de niño marinero.

En este tibio barco,
en este amable vientre de ballena
con ventanas y cúpulas
donde mirar el fondo de mi mismo,

el rastro hallé de los antiguos dioses
y en el suelo la llave de la puerta cerrada
por las manos de musgo del abuelo.

V

Aire sin cola y frenos de diamante
veloz como el olvido de las fuentes,
la luz también diría que el espacio
corre para alcanzarla y viola
su sedoso perfil en las lunetas
si un serafín descuida los desvelos
y adormecido queda en una rosa.

Así corrían las huellas
del colibrí de vidrio, iridiscente
por esa flor de yeso de la luna,
cuando llegué hasta tí por la ventana
y dije sin decir lo que dijera
con el arbusto ardiente
que brota de mis labios
como una herida en la inexhausta calma
de los desvanecidos rostros.

Si digo por decir lo que modula
el pez y mi silencio
se cubre de naranjas habladoras,
cuchillos como lenguas y topacios
que suelen ver desnuda la palabra,
no descorre la sombra sus pañuelos,
ni por eso es más blanca la escotilla
del buzo navegante
para bajar hasta el sombrío fondo
donde la llave espera.

Mas allá de las olas,
la mano inquisitiva y la nostalgia,
el manso surtidor bebe su sueño,
y una paloma núbil del confín de las lluvias
por mis ojos transcurre
con un ramo de olivo y dos estrellas.

VIII

Por lebreles de flores custodiada
la noche duerme
bajo la luna nueva.
Mi corazón enamorado,
de cara al viento verde de la vida,
con su timón de sueños boga
hacia olvidadas soledades.

Adalid de luceros,
en pos del canto azul de las sirenas
a destronar monarcas me encamino
al frente de una escolta de turpiales,
y pronto dejo atrás los arrecifes,
la rada y los alcores:
caballos de perfil sobre las olas.

Desde una estrella miro
el desvelado mar como el minero
el fondo de las cosas.
Por liras de nostalgia
disueltas en el aire,
litorales de luz voy descubriendo
con tritones de mármol y laureles.

Sobre mi barca de resedas
siento el deleite de las islas,
el turbador espasmo de la espuma,
y junto al ruiseñor que peina y pule

rosas de nacar con su canto,
entreoigo en acuátil arboleda
el taciturno adiós de los amantes.

¡Oh ineludible tumba de la noche,
siempre abierta al marino
que por mi sueño ronda
en una barca de témpanos verdosos,
ante tu puerta el rayo alumbraba
el infinito mar de mi vigilia
y la llave en el suelo.

IX

Bajo las grises cúpulas del ángel
llora porque ha perdido las antiguas
claridades celestes,
y nadie lo descubre
sin alas ni fulgores
en medio del camino.

¿Cómo veremos ahora el mundo
a través de sus ojos
si están llenos de lágrimas,
y el ángel no es el ángel
sino un hombre que llora
sobre los desolados muros?

Ayer estaba en todas partes,
su fina mano entre la mía,
su color en las cosas, su mirada
sosteniendo la luz como en un vaso,
su figura en la frente
en una blanca flor de poesía.

El ángel llora y duermo
para buscarlo en el bosque
donde antes habitaba,

y aun dormido lloro
cuando el laurel sin hojas
anuncia que se ha ido.

¿Quién mató el ángel y ha dejado
viva su sombra?

¿Quién cerró las ventanas
del cielo para que su imagen
no reluciera
en las corolas de la luna,
ni aquí en el corazón, espejo mío?

Te haré de nuevo como el aire
levanta los castillos de la mente,
como las hierbas cubren
la herida piel del campo cada día,
como dos cuerpos hacen un tercero
y colman el vacío
que el desamor les deja.

X

Con la llave en el suelo mi esperanza
es como una ciudad dormida
en los ojos de un náufrago,
como un leopardo de azaleas
cautivo en un florero.

(Mi esperanza es el nombre
para llamar las cosas que no acuden
cuando la voz tortura el aire
con sus tibios venablos,
mientras descende un polvo verde
en los abandonados pórticos).

Con la llave en el suelo,
sus diminutos dientes
de bronce rememoran
un jabalí cercado

por perros de penumbra y cazadores
que salen de mi mismo y pueblan
el invisible coto de la alcoba.

(Mi esperanza es también un dulce peso
en el costado herido,
para abatir las cóleras que arrastran
en sus redes de música y pavura
el pez de fuego y alegría
escondido en las venas).

La flecha y el bisonte
hace siglos salieron disparados
y aquí en el claroscuro al fin se cruzan
donde las manos y la llave
se palpan en el suelo.
La puerta, como un duro centinela
con el rostro comido por el polvo,
obstruye el paso
al insondable paraíso.

Con la llave en el suelo los secretos
lucen sus antifaces y descubren
el ardiente matiz que empaña
el ojo del lagarto,
cuando engulle luciérnagas y lirios
en las oscuras grietas de la tarde.

XI

El leñador regresa y ve en la mano
el mundo de cristal de sus amores,
con mariposas de rocío,
medias lunas de fuego,
arlequines de niebla y lianas hondas
para aplacar la sed de los centauros,
una tarde cualquiera
en la espesura de mis sueños.

Regresa con el hacha
verde en sangre de mirlos,
hipocampos de luz en los cabellos
y rota en cien porciones
su soledad de bestia entristecida,
que oye rumor de miel en todas partes
sin alcanzar jamás la poma
dulce de la sabiduría.

Lo aguardo con un libro abierto
en mitad del asombro
y escucho sus pisadas en la sangre
como cansados gladiadores,
saltimbanquis, astrólogos y bardos
que al regresar ya no eran ellos
tras de reñir con bestias y maromas,
peces de luz ensangrentada,
dardos de poesía,
selvas de ingratitud y espanto,
ríos de infamia y mares de bochorno.

Descansa el mundo
y la pequeña muerte de las cosas
se suma sin cesar a su descanso,
como el polen de oro
que deja el girasol a cada vuelta
cuando pasan las nubes,
los cerros y los lagos
en la inclinada sien de cobre
del leñador dormido.

XIII

La silla de los muertos desespera
de aguardar mi retorno,
cual nadador que hubiera visto
la encarnación del pez, la dulce iguana,

la alondra y el caballo
y mis antiguas vidas
flotando sobre el tiempo.

Un contagio mortal sube del fondo
de la espesa nostalgia
y mientras duermo puebla el mundo
de impenetrables monstruos y sonidos,
sequías, terremotos, heladas y calores,
ciudades que se esfuman
en la fija mirada del piloto,
héroes sin patria y dioses
devorados ayer por los insectos.

Inmune mientras duermo, inmune
de malgastar el rostro
que siempre me avizora en los cristales
a la salida de los túneles
y la oscura escalera
donde la araña teje sus laureles,
casi soy en tu juego el esperado
naipe que nunca llega.

Mientras la silla aguarda
su indócil ocupante
y destruye la muerte
la sombra del almendro,
de tanto semejarme noche a noche
a tu espalda vencida
y a tus brazos de jade rumoroso,
mi silueta y la tuya se diluyen
en un verde relámpago.

XIV

Dos limones por ojos y una rosa
donde los dientes muerden el cordero
de luces que atraviesa el día,

serán bastante
para reconocirme entonces
en un balcón marino desde el cielo.

Esa noche la puerta detenida
con pestillos de jazmín y nostalgia,
— la puerta de la soledad que ofrece
hacer posible lo imposible —
guardará para siempre los designios
de la araña y la mosca,
del lento caracol en las cornisas,
del colibrí que vuela por mi cuello
a buscar labios y otras veces
dulces columpios de agua y aire.

Igual que un barco por la edad cubierto
de escamas y relojes,
mi navegante corazón, anclado
en golfos de ceniza,
—sin velas ni apacibles
canciones para saludar la tarde—,
ha de sentir el peso de la nada
entre moluscos y gaviotas,
techumbres de alcanfor y mármoles dormidos.

Pausadamente irán muriendo
los impávidos mitos:
la Sibila, Neptuno,
el Unicornio y la Quimera,
con ramos de cerezo en vez de crines,
corrosivas preguntas y serpientes,
porque será el espacio entonces
una cárcel de vidrio sin memoria,
y balaustres de humo
sujetarán el clavicordio
donde encadena el sueño
el inviolado rostro de las cosas.

POEMAS NO RECOGIDOS EN LIBROS

(1942 - 1969)

BREVE MEDITACION EN UN CUARTO SIN VENTANAS

Inconsolablemente solo, en medio del espacio de un sueño
 (de cristal y plomo derretido,
debería, tal vez, cortar el laurel de sangre
 (que crece entre mis manos
para tenerlas libres y modelar con ellas mi propia compañía ulterior
 (intemporal y eterna:
algo que haya nacido ásperamente de mí mismo, como esta voz
 (de almendro amargo y aflictivo,
o el estrecho recinto de ternuras donde crece la muerte
 (que adquirí desde la infancia.

Acaso no. Porque arrancar esta tupida red impuesta de ramas
 (ancestrales antes de ser la rosa redimida
para formar con ellas nuevos árboles sangrientos de angustia
 (insensibles,
sería reconstruir perpetuamente, ciego molino encadenado a un viento
 (inoxidable, amarguras indóciles y extrañas
oriundas de esta sólida raíz que ya domino, aun cuando a veces hiera
 (con su espada de fuego
los apacibles brazos nocturnos de la costa que persigo entre las aguas
 (turbias de mutilados faros.

Alrededor de mí y ausente arde en llamas la foresta de muchos
 (otros hombres tumbados bajo el cielo
que ya no pueden meditar siquiera bajo la sombra oscura
 (de su propios laureles
calcinados en cruenta expectativa, como esta atmósfera de sol
 (onírico y escarmentado torso
que invade sin piedad la cárcel donde llora su denso monólogo
 (de espinas mi palabra de sangre,
por todas las agrestes soledades que lograron su puerto de tiniebla.
 (sin conseguir que el Tiempo ungiere los espejos terrenales
con sus lágrimas.

(1942)

RETORNO SENSORIAL DE LEE VER DUFT

Lee Ver Duft, Lee Ver Duft, marinero telúrico,
argonauta del aire despeinado,
tu libro es como un sótano donde revientan hongos,
como un río de tigres
que empujan huracanes de ceniza y miedo.

Metido entre una esfera de goma sicopática,
he leído tus versos, Simbad intransigente,
y me sentí en tu sangre,
navegando en tu rubio pulmón de terciopelo
rumbo a ese sanatorio
que es tu cerebro en huelga
permanente de brazos caídos.

Ningún terror como ese de estar entre las nubes
por culpa de tu cuello de jirafa,
mirando por tus ojos de grillo *waltdisniano*
los sicofantes gestos de turbios hipopótamos,
en busca por tu lengua adolescente,
de claves que descifren la ingrata metafísica
de los sueños anfibios.

Porque consigues recordarme
aquella hora ante un medium surrealista,
esos dibujos hechos por cocodrilos tristes,
las tertulias bilingües con Rogelio, Enrique, Stella,
Raque, Rodrigo, Pepe, Don Juan y Gumersinda,
la Juana de Arco del Vudú nativo,
bien vale que de nuevo me atornille
la escafandra de plástico rosado
y baje a tu recinto de líquen fluorescente
por un trago de rón y unas palabras.

(1943)

INUTILIDAD DEL HIPOCAMPO

Brisa que apenas posa sus dedos resilientes
clamando soledades más obtusas que el radio de los ojos,
¿por qué los peces hunden sus bocas en la almohada,
noche tras noche,
e impregnan de alcanfor y lirio
este espectro de carne ultramarina?

Todas las algas,
cabelleras de náufragos ausentes,
abren sus flores sobre el tapiz de los desvelos
y surge, como un hálito de angustia,
la dolorosa inutilidad de hipocampo:
sus ojos indecisos de esperma infatigable,
su cabeza perpleja de niño retardado,
su interrogante arruga de pájaro campestre,
su amarga vanidad de potro desleído,
¡oh gusano de espuma donde pulen estrellas
la tiza de la noche!

Soledad de la linfa que le arrancan la lengua
para que sólo broten mudos borbotones de cal y aceite,
porque nunca consiguen las espinas
hundirse entre la carne perfumada del arpa,
y no logra expresión de otra manera
que en el relincho estéril
—verde, castaño y negro—,
de este caballo insuficiente,
suelto alfiler en cremallera
por la acrobacia rosa de la onda.

Fuera preciso ahogarse en ese mar sin agua,
esa pradera insípida de equinos al reverso,
para seguir llorando intensamente
por la inutilidad del hipocampo.

Pero no puede ser, no puede ser que aún galope
por las anchas planicies de la luna
este corcel de pólvora mojada
como si fuera un ritmo necesario
para escribir con letras infantiles
las palabras que nunca se dispersan
y señalar, con el farol de sales de su cuerpo,
la ruta de las manos que se hunden
en las turbias arenas de la muerte.

Y, sin embargo,
donde quiebra la luz globos de agua
y ramos de silencio,
aquí, latido tras latido,
el hipocampo sigue rumiando tempestades
que vibran en las mustias caracolas
de las playas inútiles.

(1944)

EXILIO Y DOBLE EXILIO

*"We are such stuff
As dreams are made on, and our little life
Is rounded with a sleep"
The tempest, A.4, esc. 1*

*A la memoria de
Juan María Aguilar*

Cuando el recuerdo, ufano, nos descubre
sus misteriosas islas de penumbra,
sus disidentes cromos y la hiedra
que humedece los rostros familiares
donde resuena el canto de la alondra,
la Vida pasa, entonces, como el río
de la undívaga Muerte desvelada.

Cuando las nubes lavan en la fuente
los siderales ojos de la noche,

y amanece la luz en los espejos,
y es dulce el agua como antaño el vino
que aciduló en la copa abandonada,
la Vida vuela, entonces, como el aire
de la amorosa Muerte arrepentida.

Roto el pulido mármol y la encina
que circundan la gélida morada,
¡Erguido Vencedor de la Tiniebla,
en el pecho y los labios tan presente
con una rosa de amistad y llanto! . . .
y la luna descansa sobre un plinto
de yacentes doncellas pensativas.

Aquí en los blancos sueños memoriales,
en los sueños del hombre que te sueña
más puro y luminoso que el jacinto
que invade el corazón de la ventana,
tu palabra en la lluvia y en el viento,
en la fauna, la flora, los metales
y los raudos laureles del océano.

Un toro resucita en el olvido;
una guitarra enciende los sepulcros;
un miliciano besa las heridas
de España, donde un mundo sin memoria
hiende lanzas de traicionera furia . . .
Y arden el mar y el cielo por las sienas
de iracundas estatuas suspirantes.

Bajo tu doble exilio y entre arcángeles
de Ibérico fulgor y sacra espada,
estás vivo en los sueños que te sueñan
con dilatado amor y desventura:
¡Aquí, en la verde Patria de tu llanto!
¡Aquí, en la roja España de tu sangre!
¡Aquí, en el lirio ardiente de tu sueño!

(1948)

PRESAGIO

Cuando descubro la temible muerte
oculta en el calor de la epidermis,
en las amables luces que reflejan
las heredadas formas de las cosas,
siento que un aterrado mirlo cruza
los linderos del pez ultraceleste
ávido de los prados virginales
donde cosecha el aire sus espigas.

Sigilosa deidad de sombra y nieve,
premonitoria espada entumecida,
donde quiebra el amor su ardiente anillo,
en tu letal clavel de cal y canto,
sus vitales topacios subyacentes
cubiertos de ordenadas simpatías,
hay un corcel de hiedra que devora
el árbol memorial de los abuelos.

Amarga espina, pulcra mensajera
de coléricas noches infinitas,
bajo el cautivo sauce de la infancia,
fuente estelar de tu escondido hielo,
soñé una ingrata golondrina de humo
laborando las alas del exilio
y un arcángel truncado recogiendo
exiguas madre selvas de la sangre.

(1949)

VARIACIONES DEL PEZ EN LA SANGRE

1

De un tiempo sin edad y desde el tiempo vivo
del aire, el agua, el fuego, la tierra y la memoria
del hombre elemental y del espacio puro,
soñaba con un pez clamando por la sangre.

Cuando emplumó el amor las alas del olvido,
allá en seniles parques de musgo congelado,
ya erátil por las sienas de trashumantes novios
el raudo pez de espumas nadaba por la sangre.

Débil y en vano hendía la insobornable esencia:
—inexistente escorzo de escama y de rocío—,
para horadar las pávidas y oníricas semblanzas
y ser el pez hermético fundido con la sangre.

2

¡Dinámico cristal, incandescente y lúgubre,
deslindas los contornos de nieblas y suspiros
suspensos de la rosa que aflora de tus lágrimas:
fugaces mariposas en vuelo por la sangre!

Retumban tras la oscura verdad de los sentidos
los fúnebres lamentos de tu hontanar de súplicas:
—alucinante esquila sonando entre las fuentes
letales que domeñan los deltas de la sangre—.

¡Irreductible círculo de polvo transcendente
girando en las brumosas planicies del acaso,
tus siderales branquias animan los espejos
y encienden los telúricos clamores de la sangre!

3

En donde las natales estrellas sucumbieron:
extraño residente de un bosque desahuciado,
divago entre penumbras bermejas y esmeraldas
nutridas de matices y arpegios por la sangre.

El talle del collado, el roble, la fontana
que el viento besa y hiere, persisten y relumbran
desde este mirador de nervios translucientes
radiando las prolíficas visiones de la sangre.

Flébil y esquiva cárcel de transitables humos
tallada en los diversos topacios del vacío:
en soterrados cauces de mirlos y amarantos
redime el panorama los tumbos de la sangre.

4

Por estas soledades de muerte y sin querencias
para labrar festones con una voz de espinas,
cavilo pesaroso por invioladas playas
en busca de la errante nostalgia de la sangre.

Hondero desterrado por islas de tiniebla
que bañan los salobres zafiros del silencio,
descifro entre las zarzas de plumas de la aurora
los mustios e inaudibles albures de la sangre.

Cual intuyeron leves delicias metafísicas
ineluctables náufragos llorando en los cantiles,
sumerjo el corazón herido de tormentas
sin entrever los lúcidos laureles de la sangre.

5

Con lenta libertad y con bruñidos goces
transmigran las fortuitas palomas del deseo,
vitalizando ruinas y escombros persistentes
que incautan la intangible prestancia de la sangre.

El renaciente zócalo que irrumpe en la tortura
de rescatar cenizas oriundas del recuerdo,
se ufana por los pórticos intactos y solemnes
conmemorando gestas, ya antiguas, de la sangre.

Las huellas que resurgen, cuando derriba el fuego
estatuas disidentes y apremian nuevos símbolos,
ascienden por la arcilla nocturna de las venas
y prestan curso y alas al auge de la sangre.

6

Frugales golondrinas de enardecida hiedra
aploman los recintos del patriarcal sosiego,
el mármol domestican, la acacia, los rigores
y enmarcan las eurítmicas cadencias de la sangre.

Desarraigados pájaros reintegran su ornamento
para activar la pulcra conquista del pasado,
y vuelven por sus líneas las desmayadas formas
de inmarcesibles rostros presentes en la sangre.

Convergen las disueltas violencias del olvido
en esta poma ardiente de reencarnados gestos,
y aspiro la infinita presencia del fantasma
que desmenuza un eco de aromas por la sangre.

7

¡Irrevocable albergue de consagrados duelos!
¡Inveterada y luenga vivencia incommovible!
el defraudado estanque de lilas de la infancia
retiene los depuestos perfiles de la sangre.

La escarcha y los luceros que invaden las vidrieras
de las pausadas torres danzando en el crepúsculo,
reaniman los vergeles donde disfruta el río
la cariciosa alondra rendida por la sangre.

Pulidas disonancias de indefinible agravio:
ciudad de los exilios infaustos y perennes.
Las ordenadas lunas del aire lisonjero
dehojan la hostigada bonanza de la sangre.

8

Donde doradas siglas transfijan los corderos:
— ¡Oh inescrutable emblema de prodigales gracias!—,
un vaporoso arcángel, umbrátil e indolente,
recoge luminosas guinaldas de la sangre.

¡Anónimo delirio de irredimibles júbilos!
¡Reincorporado espectro de intemporal suplicio!
Tras las excelsas gasas de frágil tabernáculo
dialoga unipresente la sangre con la sangre

Enajenada antorcha de confluentes llamas
ardiendo en las primicias del fatigado anhelo;
un hálito de incienso rezuma por los poros
del sosegado amor enhiesto entre la sangre .

9

Desposeído nómada de preexistentes rumbos
sumerso en nemorosas prisiones semovientes,
los modulares ciclos del refractario piélago
dimanan de los húmedos raizales de la sangre.

Las vetas del sollozo, las ponderables órbitas
del cielo inusitado, las invisibles flautas
del aura en las glorietas sonámbulas de lirios,
recurren por los rútilos anillos de la sangre.

El insolvente enigma, furtivo y despiadado,
con su sayal de sierpes y derrumbados soles
que nimban de prodigios los discernibles coros,
se yergue desde un solio de sangre de la sangre.

**Desaborido y hórrido pasaje irremisible
por desdeñadas sombras inciertas y aflictivas,
las orlas de los sauces, eternos y enigmáticos,
descarnan los concéntricos remansos de la sangre.**

**El líquen de los sueños, lavado de horizontes,
sucumbe a las variables fulgencias de las nubes:
ambiguas impresiones de un dios desmemoriado
fluyendo hacia la muerte por túneles de sangre.**

**!Oh aliento indefinible, donde reincide el átomo
sus fatuas procedencias de escama y de rocío!
;Oh nebulosa imagen de la entidad cautiva
del aire, el agua, el fuego, la tierra y de la sangre!**

(1950)

ODA A DON LUIS DE GONGORA Y ARGOTE

**Como regresa el extraviado ruiseñor de su viaje al paraíso
con noticias de un ángel para una mujer encinta,
de la noche y del mar de los caballos andaluces
sale tu barba de metales en pómulos de mármol,
sale también y miro la luna comba de tus ojos de líquido diamante,
y mirándolos voy en su estuche de huesos retorcidos
con barrocas arrugas entre la piel añosa de una encina,
cuando diez ciervos negros desde la sierra corren
a devorar retamas y tu nevado cráneo de mebrillo
semejante a una torre abandonada en un recodo de Almería.**

**En la ardorosa y frágil soledad del recuerdo tus ojos ahora miro,
tus ojos como túneles verdes para que un tren de relámpagos
persiga jabalíes con espadas y rosas zumbadoras;
tus ojos, que enseñaron a mirar a los busos del sueño,
mientras aun eran diosas las sirenas de Ulises,
donde destilan sus luminosa leche las estrellas,**

donde es que peina el litoral las colas de la espuma,
y donde fue que un frío toro de fábula y laureles,
rastros de airada aroma por las olas puliera,
con el testuz cargado de granates, cabellos de jazmín y senos rojos.

¡Oh lúcido pastor de naves encalladas en plumas de Quimera!
¡Fauno tres veces por la gracia del sol, del aire y del espacio!
Quien no ha alcanzado a ver lo que tus ojos vieron
jamás verá la cara de la luz cuando el amor la mira,
ni sabrá que los chopos tienen lengua para hablar al rocío,
ni el silencio contornos de guitarra y párpados de nieve,
ni la música un cuerpo como de niña ensimismada en los balcones,
ni que después de tí, Macho Cabrío de los pámpanos hirvientes,
el mundo es múltiple y hermoso, hondo y extenso,
por el millón de mariposas de colores que vuelan de tus ojos todavía.

Que exiguo era el fulgor de los espejos cuando solo eran frutas las
(manzanas
y no palomas de rubí dormidas en jaulas de topacio;
cuando el primer lucero de la tarde un astro apenas era,
y no una lágrima de oro suspendida en las verdes pestañas de un
(arcángel;
cuando el arroyo descendía por escaleras de agua hasta el océano,
sin corceles de junco ni carruajes de violas;
cuando el aire, en mil labios sus transparentes flores derramaba
hasta cubrir los pórticos del bosque, y nadie entonces lo sabía,
porque el fulgor de la imagen cautiva en una rosa
no llegaba a las cuerdas del arpa ni a tus ojos poblados por abejas.

Don Luis de Góngora y Argote, con estandartes desplegados al soplo
(de la higuera,
pasan, en un velero azul por las ventanas de tus ojos,
caballeros de vidrio, serranas en los pliegues de la tarde,
moros para teñir la tez bermeja del vino y del cangrejo,
rufianes encerrados en las tibias navajas de la luna,
monjas de nácar, ciegos de alhelí y amarillos zagales
ocultos en las parras donde las ninfas huyen del centauro,
gitanas como perlas en el ardiente fondo de las coplas,

y en tálamo de nardos, Polifemo del alba y Galatea,
de pie en un grano de mostaza tan alto que no cabe en el silencio.

Andalucía, Andalucía, madre del ojo brujo y de las aspas
que dieran vueltas al espejo del espacio con trompos de poesía . . .

El viejo Sagitario, el del cuerpo tatuado de guitarras,
que todavía bebe cántaros del Guadalquivir y come pétalo
de mármol de Granada, marineros relámpagos de Cádiz,
tréboles y delfines de Almería, uvas de pólvora de Huelva,
soledades y mirtos de Sevilla, espadas de laurel de Córdoba,
claveles y arcoiris de Jaén y cántaras en flor de Málaga,
ríe a morir desde las cavas del tiempo y la lechuza,

¡Oh Luis de Góngora y Argote! cuando asustados miran tus ojos

(los turistas.

Padre del Trueno, en atalayas de coral el olmo y el ciprés sueltan sus
(hojas

y desfilan los símbolos que el viento sur empuja a los jardines
donde aún tu mano cruza lirios de carne con anémonas del cielo.

Ante ti se consume la cegadora luz del musgo
que devora tu cara, mientras arde la estela del girasol de fuego
por las nubes cada día, hasta morir de amor en tus dos ojos.

Ahora por siempre te contemplo en tu cárcel de aljófares y núbiles

(zafiros

como un tigre de lumbre inextinguible contra las altas hierbas:
en una mano el tropo que desintegra los átomos del sueño,
y en la otra, el vivo corazón del aire, latiendo en sangre azul de

(poesía.

(1961)

CANTO HEROICO

*al pueblo de Panamá en los primeros
días de enero de mil novecientos sesenta y cuatro*

1

El azul de la sangre empozñada:
el verde azul de las injurias
que espesa el verde frío
sanguinolento de los dólares,
era el color de aquellas horas
cuando el escarnio
colmó al fin la abulia de la oveja.
Entonces, de los ojos profundos de la muerte
un huracán de niños enfiló su vorágine
contra las opulentas estulticias,
reapareció la luz y se rajaron los muros del desprecio.

2

Horas cuando el oprobio ardía
como un lagar de puños en fermento
ante las bayonetas
y los labios podridos del Procónsul
que al Canciller atonta y duerme con sus frases.
Pero no todos los patriotas soñaban
con murciélagos rubios
tintos de sanagre popular y aterradores,
ni el clamor de la patria, en temerosas fugas
otra vez se perdía, como antaño y para siempre
en el tropel de las inciertas multitudes.

3

Ante los opresores de todas las banderas
 el pueblo se prepara
 y cualquier gota puede en un segundo,
 como un volcán de sorda furia,
 derramar el furor irresistible
 que hace años su impavidez destruye.
 La explosión llega
 con su rugir de toros y jaguares,
 de pechos y colmillos:
 un geranio de pólvora que el incipiente prócer
 en clandestinidad cultiva con persistencia y rabia.

4

Hay convulsiones que el espíritu
 siente crecer en sus vigiliass
 e igual que un fuego que no arredra,
 la paz devoran y el tranquilo arcángel
 que sin cesar nos duerme. ¡ah de esta angustia
 cuando la espada escinde los raudos colibríes
 y el vendabal descorre en las techumbres
 su amarillenta efigie de pavor herido,
 porque los héroes se levantan
 de las antiguas tumbas y las divinidades
 se coronan con pétalos mortuorios!

5

Nada es igual a ese delirio cuando
 el turno llega de cobrar las injurias
 y disponer el rostro al sol sin parpadeos;
 entonces su fanal nos pertenece,
 sus rojas plenitudes, en verdad, fueron nuestras
 hasta cuando esa garra umbría
 su sien oscureció. Sin embargo

**uno a uno los dedos del verdugo
nuestras cuchillas cortan y revelan
que el aire es libre de correr bajo las nubes
que sostienen el cielo de la Patria.**

6

destruir al hacer nada
o alguna cosa distinta a la que ordena
quien el fusil empuña. La sangre sube hasta los ojos
y nos confortan voces
que cortan cual relámpagos
porque la voz rebelde
al procaz enemigo en carne viva deja.

9

Pero hay un día en que la muerte con la muerte
se enfrentan cara a cara,
cuando el despreciado sacude el polvo de sus puños:
esbeltos árboles
de libertad que irrumpen como un bosque incontenible.
Es la hora culminante del pueblo y sus verdugos
la temen cual el tigre al cazador decidido
a jugarse la piel en los recodos.
Es ese el día de la imposible continencia,
porque las madres
han alzado su voz condenatoria.

10

También muere el soldado
cuando una bala encuentra sus pulmones,
e infamante es su muerte
si carcelero fue de la esperanza
de quien a tiros la conquista.
Soldados somos
de ese ejército invencible que lucha
por arrancar del hombre
su ignorancia, sus hambres y pavuras:
esos castillos lúgubres
clavados en los huesos.

11

En esta brega más antigua
que el coloquio nupcial de los delfines
o el mirto que la muerte endulza,
alguna vez las marejadas
han de llevar los náufragos triunfantes a la arena.
Aun cuando el opresor de mil recursos se transforme
en dictador o presidente,
en coronel u obispo,
los millones de afanes, como antorchas
que ellos aun ocultan en la noche
alguna vez alumbraran las milicias del pueblo.

12

De nada han de servir los conciliábulos
si no buscan la esencia:
la sal y el agua de que estamos hechos.
Al hombre han de encontrarle
en sí mismo, en su concha de sollozos,
en su intangible nube de alegría,
Quienes hablan de él y no comprenden
esta verdad de azúcares y encendidos carbones,
han de malbaratar el tiempo del corazón, que aguarda
fogoso en las trincheras de los campos
de combate del mundo.

13

¿Dónde están los antiguos poderíos
que fincaron sus tronos en la fuerza
del acero? También los eslabones
que aprisionan son duros
de romper y no obstante,
sobre el metal sólo perdura
la rabia contenida
que se agolpa en las sienes
del apacible torturado.

¡Qué bien lo aprendan los torturadores
de hoy, quienes torturan con dádivas y besos!

14

¡ Qué lo aprendan también los pudibundos
dispensadores de metralla
por voluntad del títere soberbio
que mueve Wall Street con indolencia
y desaparajo! No ha de ser con helicópteros
que ha de poblarse el nuevo paraíso
terrenal, con morteros y ardientes gelatinas
prefabricados a la propia estatura
de los dioses que el dólar
en templos consagra
y la avaricia y el dolor erigen.

15

¡Qué así lo entiendan en la Casa Blanca
los senadores y los matarifes
del lúgubre Pentágono y los lameculos que atizan
la lumbre donde el hambre y la injuria
convierte a los patriotas
en guerrilleros!
Ninguna fuerza ha de abolir por siempre
el esplendor humano,
su intensidad indestructible, sin que ello lo malogre
la USA que se cree dueña del mundo y sobre todo
del hombre que su brazo alcanza.

16

Que corran de uno a otro sitio
los tristes mensajeros:
embajadores de infortunio
de una paz de palomas de papel engolado,
con sus levitas y pelucas, zalemas

y medallas de estiércol
que hacen reír hasta a los tontos oficiales.
Que no vengan en romería
al proclamar que es la quietud de los sepulcros
la que sin duda ha de prevalecer sobre
nuestros insobornables corazones.

17

Ni nosotros ni nadie gusta de ellos,
ni por aquí ni por allá . . . ¡Oh pobre América
que has concebido tantos monstruos
que después te devoran
a nombre del amor solemne
o de la libertad hipotecada!
¡Oh Tierra todavía bajo el influjo
de los apócrifos benefactores, businessman, curas,
generales y padres de la patria . . .
con los brazos abiertos
y una flecha clavada desde el norte!

18

Allí están confabulados
los pulcros salvadores de las mil porquerías:
los saltimbanquis, los gnomos, las hetairas,
los que bendicen, comen fuego y enseñan
juegos de manos a las monas. Pero esos salvadores
deben ahora salvar su piel, que nuestra mansadumbre,
compañero que gimes
sobre los muros de tu angustia,
para siempre ha cesado,
y ya un puño de bronce repica la campana
que alienta a los dormidos a pelear por sus sueños.

(1964)

CARTA A STELLA OLMSTEAD

No sé si bajo o subo desde sitios
distantes del reposo que por tu carta llega:
un letargo de espuma y una silla de llamas,
un puesto donde el aire tiene tu antiguo aroma.
Se que aquí estoy interrogándote
igual que un lirio que de repente sucumbiera
por su propio color y el peso del rocío,
y que tú nada sabes
del piano que solloza bajo un bosque de espinas.

Ante tí estoy y un toro irreversible
cruza la calle de la villa con que sueñas:
un lugar sumergido en tus pestañas
con hombres, frutas, ríos, palomas y balcones
que, tal vez, nunca a flor de piel será realmente tuyo,
porque nada es de nadie
en esa tierra de relámpagos,
que yo también habito
si de pronto me siguen y encajonan
los insaciables mastines del recuerdo.

Pregunto: ¿dónde está el ritmo que en tus manos
desafiaba las lluvias e impelía
tu cuerpo al fondo de una delirante fiebre
rodeada de peces amorosos?
Desde entonces miramos muchas cosas
y ningún resplandor habrá quedado
inmóvil como un ángel desnudo y abatido
añorando su reino de lenguas como llamas.
He contestado que tu voz era lo que la noche
traía entre las hojas de los mangos;
que el quejido de muchos animales
algo tuyo tenía al volver de las olas y el silencio.

Dirás que mis palabras son oscuras
y que sólo te entrego un vaso de tinieblas
cuando es tu sed de luces siderales.
Pero ¿lo oscuro no es también lo claro
y no la carne arcilla
con agua gris y luceros que el día lentamente oscurece?
La voz del bardo y los antiguos dioses
es una alfombra en mil hebras trenzada,
y solo una de ellas nos conduce
de la vida a la muerte sin desvíos.

Llueve dentro de tí y tus abuelos
tienen nostalgia de los sapos y las uvas silvestres,
de las dulces iguanas que todavía corren por tu sangre
devorando raicillas
y la música lenta del olvido.
Llueve dentro de tí y apenas si te moja
el oleaje de azules ruiseñores
que cantan en tus sienes
y alejas con un gesto de náufrago irredento,
mientras cruzan por tus ojos millones de automóviles
en busca de los últimos arbustos
que aún retienen al cielo en su follaje.

No puedo verte
cargar sobre tus manos la culpa de Hiroshima,
la parte que te toca de esa sangre quemada
que aulla en medio de los prósperos años como un perro de oro.

No puedo verte correr tras los negros
(barro un poco cocido nada más, si no lo sabes)
con una tea y después engullir, el Día de Gracias,
un pavo como un niño de Kentucky.

No puedo verte derramar, allá en Los Angeles,
tu leve ciudadela de marfiles,
un oscuro desprecio en el rostro florido de antiguos mexicanos
que te ayudan a ser fuerte y sobre ellos ejecutas tu pujanza.

Ves: los poetas no están mudos,
sólo es que pocos son quienes escuchan,
porque es más fácil devorar ostiones
en fuentes de cristal y llevar a los labios
dulces manzanas limpias de ceniza,
y decir luego, la voz del histrión es la que vale,
aquella que acaricia nuestro orgullo
como a un gato de angora

Pero tú eres distinta y yo te anuncio
que el hombre siempre comerá su pan de versos
y beberá su vino
cuando el amor construye las torres de esmeralda
en los núbiles días,
o cuando las deidades misteriosas
penetran el dormido ser de una doncella,
y la muerte la carga entre sus brazos
azules como el mar y como el mar profundos.

Ahora te digo adiós. Tal vez mañana
si crecen, nuevamente, jazmines alrededor de tu memoria,
un caballo de fuego correrá por las nubes
y parará ante tu puerta.

(1965)

EN LA CIUDAD

Siempre el amor nos acompaña
cuando hay que descender al verde
profundo del origen, a la cosa
en sí con su genuina perla:
la raíz y la sangre que de pronto
el miedo vuelve oscuras
ante la soledad con los leopardos.

Entonces es lo mismo
uno y ese anhelante amor que sube
desde el paisaje,
si en verdad algo existe
que no sea presente eterno,

actualidad sumisa y ágil
como la luz que el toro pulsa
cuando postreramente
ve la espada cruzar por las lunetas.

Porque ahora estás conmigo,
con la fiel certidumbre de las torres
que el helecho custodia,
despunto el litoral en calma
para cruzar tu corazón y hundirme
en la penumbra de tus venas,
¡Oh madre germinal e invicta
que la lluvia conduce sin lograrlo
cada día a los puertos de la muerte!

En tu vientre de cal y canto estuve
desde cuando el abuelo apenas respiraba
un aire azul de ruiseñores
y unos corceles las espumas
de oro por sus manos trascendían;
estuve como ahora
en tu piel y tus vísceras,
como he de estar cuando no esté la noche
metida en mí y yo en ella,
mi sueño con el musgo del caobo
y en el parque mi voz sin los amigos.

(1967)

ESCOLIOS PARA PODER JUGAR VIEJAS CHARADAS

Así las cosas,
ineludible
es renacer en ellas
cuando los viejos mitos
transmudan la epidermis
y reaparecen
las furtivas constantes
con otros nombres
y otras máscaras.

Algunas veces, sin embargo,
sin prevenir la merma
de los presentimientos
que el jugador malgasta,
persisten indóciles
en los duros escollos,
mientras asciende,
tarde y triunfadora,
la irrepresible felonía
de la fortuna.

Después nos avenimos
a las formas del lecho,
a la oquedad impávida del fruto,
con las antiguas alegrías
que rememoran
las maternas mutaciones
y lúcidas cautelas
del vientre originario.

Un día, sin pecibimientos,
como la luz y el aire
en su metamorfosis de un jardín,
ocurre que encontramos
escritos en los muros,
antes que los destruya
el resquemor de la rutina,
escollos sobre nuevas normas
para poder jugar viejas charadas.

Y de ese modo reiniciamos
la interminable búsqueda,
la encarnizada cacería
del azar escondido
por los bordes del sueño,
igual y diferente
en la pequeña copa
donde extingue su sed
el desvelado transeúnte.

(1969)

ALTERNATIVAS SOBRE ANGELES Y DEMONIOS

En el atardecer,
de pronto entre gorriones
y multifamiliares
desdibujados,
los libros guardan
en sus conchas la perla
de la sabiduría.

En ese instante,
empujada por manos invisibles,
ocurre que una esponja
desciende en los espejos,
superpone la piel
de los distintos rostros
y origina otros mundos
donde la luz
ya no compulsa
nítidamente las disimilitudes.

Es un momento
cuando ángeles y demonios
semejantemente comparten
sus vestiduras,
las líneas de sus muslos,
porque la oscuridad destruye
la certitud
de las cosas que el día,
con cauta parsimonia,
revive y restablece
en el escurridizo acontecer.

Entonces,
entre la soledad y el muro
copulan los murciélagos,
sus inútiles ojos
en dirección
a las eternas mutaciones

y las cambiantes nubes
donde doncellas y serpientes,
sin otra alternativa,
restauran en la sombra
los desolados paraísos.

La noche desanuda luego
sus mastines de oro alucinante
y hay una confusión
de ángeles y demonios
que vuelven por sus formas,
cada cual perseguido
por un indisoluble
terror de identidad.

(1969)

LOS ACERTIJOS DE LA SALAMANDRA

Frente a las insidiosas
lenguas del horno,
a los diamantes que el calor
destila en la negruzca piel,
la Salamandra sube
sus pendones de triunfo
y se desploman las murallas
de la vicisitud.

Una vez en el délfico
balcón que la perfidia
distiende sobre golfos
e islotes de candela,
con sardónica pausa distribuye
sus increpantes acertijos
y escucha el flébil balbucir
del moribundo rey envenenado.

En el fragor
de las crepitaciones
sus penetrantes sortilegios
rinden al corazón
de la depuesta concubina,
y acosan la infrangible laxitud
del trono donde
los dioses deformados
levantan sus patíbulos.

Entonces comprendemos
la persistente inquina que sojuzga
la turbulencia del amor
en los ventrículos,
sellados para siempre
por húmedos cadáveres
con guirnaldas de amnesia
y ruisseñores.

Allá en el impalpable
escombros de las cosas,
los acertijos
incontestados permanecen
mientras la Salamandra esconde
sus huevos y preguntas
entre la soledad de la ceniza.

Por los puentes del tiempo
otros nombres
han de sobrevenir
cuando el olvido,
sin mariposas funerarias,
exhuma los perdurables
espantos del verdugo
y los inermes rostros
que el desamor escarneciera.

(1969)

EDITORIAL SIGNOS

COLECCION PORTOBELLO

Serie *Autores Panameños*

Homenaje a Rogelio Sinán (*poesía y cuento*)

Selección y Prólogo de E. Jaramillo Levi

Reflexiones junto a tu piel

(*poesía*), *Diana Morán*

Cuatro escritores panameños en México (*poesía y cuento*)

(*J. M. Bayard Lerma; E. Jaramillo Levi; D. Morán; J. Turner*)

De lo que no se dijo en las crónicas y otros relatos

Jaime García Saucedo

Los días del incendio

(*poesía*), *José Manuel Bayard Lerma*

Trashumancias

(*poesía*), *Héctor Miguel Collado*

Serie *Temas y Conflictos*

Raíz, historia y perspectivas del movimiento obrero panameño

(*ensayo*), *Jorge Turner*

Poesía erótica de Panamá

(*antología*), *selección y prólogo de E. Jaramillo Levi*

PROXIMAS PUBLICACIONES

Poetas jóvenes de Panamá

(*antología*), *selección y prólogo de Jaime García Saucedo*

El cuento panameño contemporáneo

(*estudio y compilación*), *selección y prólogo de E. Jaramillo Levi*

Panamá a través de sus ensayistas políticos

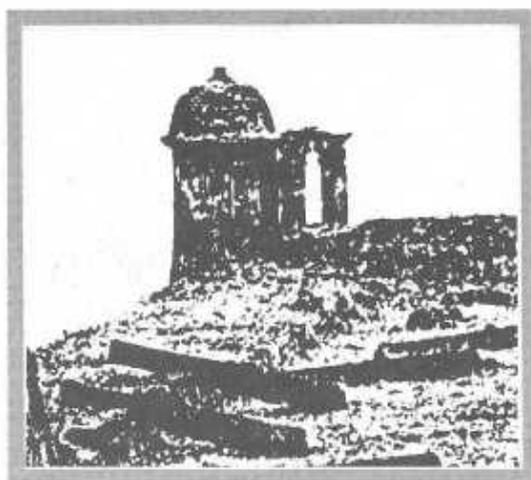
(*antología*), *selección y prólogo de Jorge Turner*

POESIA SELECTA DE RICARDO J. BERMUDEZ

se terminó de imprimir el 31 de julio de 1982
en Impretex, S.A., en Panamá, Rep. de Panamá.

Se tiraron 2.000 ejemplares en papel periódico,
más sobrantes para reposición, y 25 ejemplares numerados
en papel bond de 17 lbs.

La edición estuvo al cuidado de Enrique Jaramillo Levi y del Autor



COLECCION PORTOBELLO, 9
Serie *Autores Panameños* / Poesía

RICARDO J. BERMUDEZ, uno de los más importantes poetas de la vanguardia panameña, continúa siendo en nuestros días una de las figuras literarias de mayor prestigio nacional. Sus extraordinarias aportaciones al oficio poético, mezcla de sensibilidad, imaginación, vivencias comunicables y rigor literario, hacen del conjunto de su obra un testimonio artístico digno de trascender las fronteras nacionales y de ser apreciado en el contexto de la literatura latinoamericana. *Poesía selecta de Ricardo J. Bermúdez* pretende alcanzar esta meta al reunir poemas de libros ya agotados y material inédito. Nacido en la ciudad de Panamá, el 22 de agosto de 1914, es arquitecto de profesión. Obra poética: *Poemas de ausencia* (1937); *Elegía a Adolfo Hitler* (1941); *Adán liberado* (1944); *Laurel de ceniza* (1952); *Cuando la isla era doncella* (1961); *Con la llave en el suelo* (1970). Obra cuentística: *Para rendir al animal que ronda* (1975). Ha sido Ministro de Educación y ganador de diversos premios en el Concurso Nacional de Literatura "Ricardo Miró".